

PORQUE PAPÁ ME LO DIJO

Doctor Asdrúbal Baptista

“Porque no me lo dijo papá”. Así se escuchó a alguien responder a la pregunta sobre las razones tras su descreencia en Dios. Citaba él, a su manera, el testimonio de un pensador cristiano, de cuya obra hoy reverberan aún ecos muy intensos. Pues bien, a mí sí me dijo mi padre que creyera en Dios. Me lo dijo también una maestra de la infancia a quien venero en mis recuerdos. Y me lo dijo, por sobre todo, un viejo sacerdote jesuita, santo, hombre de la cercanía del corazón de Dios.

No hay más que deba, o sería mejor, que pueda yo añadir a los orígenes de mi fe. Y si acaso lo hubiera, respetuosamente solicito que se me permita declinar hablar en voz alta sobre el tema, porque me asalta invenciblemente el simple temor de que transgreda intimidades que son exclusivas de la meditación más solitaria, o de lo que sería propicio únicamente para el diálogo de alma a alma.

De las ciencias humanas y sus exigencias

Provengo del ámbito de las ciencias humanas, y por lo tanto debo decir alguna palabra en torno a ellas.

Mis labores de investigación han estado signadas, en el espacio de sus directrices metódicas primordiales, por tres exigencias. No se las hallará siempre explícitamente en mis publicaciones, pero orientan de manera decisiva mi quehacer. En primer lugar, y toda vez que la razón científica es, sobre todo, *mathesis*, *mathesis universalis*, por las fronteras que se imponen al

número y a lo cuantitativo en este ámbito. En segundo lugar, por el carácter propio del tiempo que define lo que es el acontecer humano. El acontecer humano que el conocimiento científico reclama para sí es aquel al que circunscribe la historia. Esta segunda exigencia tiene entonces que ver con la cuestión del carácter específico del tiempo histórico, en cuanto distinto del tiempo ordinario que marcan los relojes así como del tiempo que los científicos naturales emplean para homogeneizar sus objetos. Más aún, tiene que ver con la realidad propia de la historia, en cuanto experiencia y en cuanto saber. Por último, y decisivamente, han estado signadas por la exigencia relativa al rigor y a la objetividad que le pertenecen a las ciencias humanas.

En todo caso, si se piensa por un instante en lo anterior, resulta que las dos primeras exigencias de algún modo se reducen a la tercera antes anotada. Debo por tanto decir que ella ha sido para mí determinante, y que el tenor del testimonio que deseo compartir con ustedes gira en alguna medida importante sobre su significado, que creo haber hecho patente ante mi reflexión muy temprano, cuando apenas iniciaba mis afanes intelectuales.

Estas exigencias, llevadas al extremo como por fuerza debía suceder, me despertaron a la conciencia de los límites que el conocimiento científico lleva consigo. Todo esto ha sido uno de los episodios de mayor significación de los que pueda dar cuenta, porque entonces se me abrieron horizontes de la condición humana, para la reflexión y el pensamiento, sin cuyos atractivos mi vida hoy casi no puedo concebirla. En este orden de ideas unas líneas de un antiguo filósofo expresan todo lo que quizás hay que decir al respecto: es inequívoca señal de una mente educada saber que hay temas que precisan de demostraciones y pruebas, y temas en los cuales pedirlos es una insensatez.¹

De la conciencia de esos límites, agudizada con el paso de los años, se han desprendido actitudes y compromisos. Entre mi fe en la existencia de Dios quien es uno, es personal y se hizo hombre, y estas actitudes y compromisos que señalizan en muchos sentidos mi existencia, debieran haberse podido establecer relaciones fuertes y vigorosas. No me es dado reconocerlo así. Las fuentes que nutren ambas corrientes no siempre son las mismas, y sin que sean del todo ajenas entre sí, suelo preguntarme con genuina angustia si no podrían vivir la una y la otra haciéndose crecer recíprocamente, alimentándose del mismo impulso vital, llenando los días y sus noches de cristiana esperanza.

La Economía Política y el espíritu de las épocas. Los hombres y su condición histórica

Provengo, pues, de las ciencias humanas. Ello equivale a decir que provengo del ámbito más general de la historia. Me concierne entonces la historia humana, que la llamo así a sabiendas de que la expresión historia humana es enteramente pleonástica. A ella, digo, a la historia, la observo desde una plataforma particular, a saber, la que me facilita la Economía Política. Pero al decir esto me obligo a indicar lo siguiente. Esta denominación de Economía Política, que con entera deliberación utilizo, y a costa, bien lo entiendo, de la familiaridad de otras denominaciones, me significa un universo conceptual de inmensa fertilidad. Bajo su cobertura, debo decir, no sólo puedo aproximarme fructíferamente a las realidades históricas que especifican este tiempo particular de la humanidad, el de los cuatro últimos siglos, representándose con eficacia su espíritu general, sino que también me resulta posible mirar, con un cierto hilo conductor, tan atrás como me da la mirada.

Este espíritu general de las épocas, que envuelve por necesidad hechos muy diversos y que asumen hoy como propios diferentes disciplinas, se halla casi en los límites donde puede llegar el conocimiento científico más convencional, esto es, donde éste deja de ser tal. Su método de indagación, que es la más valiosa de sus posesiones, se hace entonces inoperante, y ante nuevas y distintas cuestiones que bien pueden emerger de seguidas, la mente precisa de modos también distintos, radicalmente distintos, para la interrogación.

La historia humana, y ya no el espíritu general de las épocas, es una realidad de múltiples dimensiones. Primero, y primordialmente, debemos reiterar una vieja enseñanza: “La historia no logra nada”, porque “la historia no es una persona aparte que usa al hombre para conseguir sus fines. De hecho, es el hombre real y vivo quien lo hace todo”². Más aún, los hechos históricos atraviesan el tiempo, es decir, ocurren en el pasado según se los concibe usualmente, pero su condición de históricos sólo se pone en evidencia cuando demuestran que han sido capaces de empreñar el futuro. Por otra parte, envuelve la historia la aventura de las generaciones como un todo, pero ningún ser humano concreto puede colocarse al margen suyo. Y por último, los hechos de la historia son aconteceres, pero también son las maneras como se los entiende.

Tres convicciones o posturas

La contemplación y estudio de la historia humana, del tiempo de los hombres y de sus afanes, motivado en no pocas ocasiones por el único propósito de entenderme a mí mismo, de encontrarme a mí mismo, me ha colocado con el paso de los años frente a tres convicciones, o posturas o enseñanzas. La primera de ellas se expresa en el contenido de esta frase, a la cual hoy no puedo agregar ni sustraer nada: “En el momento cuando se admite que no hubo nunca épocas doradas, ni las habrá, se libera uno de la necia sobreestimación de algún tiempo pasado, o de la desatinada angustia por el presente, o de la vanidosa expectativa del futuro, y lo que permanece es la contemplación en las edades de una noble empresa: la historia de la vida y sufrimiento de la humanidad entendida como un todo”³.

La segunda convicción se refiere a la fundamental cuestión del posible sentido que la historia encierra. Para dar cuenta de lo que aquí yace me obligo a una clarificación sin la cual, así lo creo, con gran facilidad se extravía el pensamiento. Bajo la frase ‘sentido que la historia encierra’, en efecto, se cobijan dos nociones muy diferentes. A saber, de una parte, la direccionalidad que la sucesión de las generaciones lleva o pareciera llevar consigo, y, de la otra parte, el posible significado que el paso del tiempo satisface, o mejor, la clase de ámbito que el decurso de la historia delimita y donde se manifiestan las realidades primordiales de la condición humana.

En relación con la primera de estas dos nociones debo aquí repetir la advertencia que en más de una ocasión he tenido que escribir: descubrir la existencia de una dirección para la historia humana no debe confundirse con la afirmación de que esa dirección existe con antelación, de manera pre-determinada, o que nos viene impuesta desde afuera⁴. A su vez, la historia es el espacio para la presencia de una fuerza dominante del ser de los humanos, bien si ésta se muestra abiertamente o si por el contrario se soterra o enmascara: me refiero al poder, cuya realidad signa de un modo decisivo y determinante el curso de la vida humana sobre la tierra⁵. Sin el concurso tan apto de la Economía Política, habría permanecido yo ignorante de ciertos y muy sutiles mecanismos históricos de la omnipresente realidad del poder.

En tercer término, la contemplación de la historia humana y su asiduo estudio prepara el espíritu para una decisiva postura ante las cosas y el mundo. En mi comprensión, aquí, y si es que fuera el caso hablar en estos términos,

hallan su justificación plena ante los ojos de la fe mis tareas y labores de hombre de pensamiento. La realidad del curso de las generaciones, de sus instituciones, de sus estructuras económicas, de sus relaciones de poder, de sus ideas y convicciones dominantes, lejos de ser sólo el caprichoso y veleidoso ocurrir en el que se hacen presentes apetitos y apetencias desbocadas, pasiones tumultuosas, sinrazones accidentales, descansa sobre un sustrato mucho más sólido y permanente del que sugerirían estos episodios y circunstancias. Pero estas circunstancias y episodios, al mismo tiempo, son la única puerta franca de entrada al estudio y comprensión del sustrato del que constituyen, entonces, una viva expresión.

La búsqueda de este trasfondo, su puesta de manifiesto, moldea y forma el espíritu para situarse en el universo de las cosas con la mirada más penetrante y prevenida, aunque, en el mismo tono, no menos desasida. Cesa así en lo fundamental el horror ante las cosas como aparecen, que sacude y desequilibra a tantos, que descarrilla a tantos hombres y mujeres de la mejor condición, imponiéndoles renunciadas y obligándoles a vivir una existencia escindida entre un mundo al que aborrecen y rechazan, que es su mundo, su piel y su sustento, y un mundo vaporoso que fabrican, que imaginan.

No se infiera de esta postura primordial, sin embargo, la consecuencia de asumir una actitud puramente pasiva ante las cosas tal y como ellas se muestran. Antes bien, su mayor significación, en mi entender, debe buscarse en cómo por su intermedio puede plantarse el ser humano frente a la realidad y mirarla de frente, cara a cara, sin rehurla a cuenta de que es pasajera y transitoria, o de que carece de valor porque en su lugar debiera estar otra más benigna, o más condescendiente, o más cercana a sus ambiciones.

El sentido de la cruz: el Otro, la ética y la fe

“Es un hijo tan querido para mí... Se han conmovido mis entrañas por él. Oráculo de Yahvé”, Jeremías 31.20. Frente al Cristo glorioso, al Cristo de la teología gloriosa por la que se informa de un Dios poderoso y triunfante, *pantocrator* o Señor y Dueño del mundo, y que mi razón no admite con facilidad, el Dios de Jeremías, el de la teología de la cruz, le habla a mi corazón.

Una noche hace muchos años ya, y que no puedo olvidar, en la sacristía de una capilla lateral de la Catedral de Mérida, donde mi amigo viejo, sacerdote santo, celebraba la misa de las 6 de la tarde, por su palabra sencilla y sin

afectaciones vino a mostrármeme una idea de Dios con inusitada patencia. El *misterio tremendísimo* del que esa noche él habló era el de Dios hecho hombre que muere en la cruz. Jesús, me dijo, sufrió el dolor humano de la muerte. Pero no el dolor humano en general sino el dolor propio de cada hombre particular, de los que hubo y de los que habrían de venir. Y no sólo del dolor humano de la muerte, sino también del dolor humano de la vida. La cruz es el dolor de Dios: *misterio tremendísimo*, cruz que es su sentir como propios, como si fueran suyos, en la carne y en el alma, todos los esfuerzos, todos los sufrimientos, todas las caídas de los hombres todos a través de las edades, y también sus muertes. Jesús fue cada uno, cada hombre en el curso de su vida y en sus particulares circunstancias,: *misterio tremendísimo*. Y el abandono al que lo somete Dios Padre, *misterio tremendísimo*, hecho realidad plena cuando rendía su espíritu, es la suprema experiencia, cotidiana experiencia acaso, de la condición humana a través de las edades: el hombre arrojado al mundo, en el seno de fuerzas descomunales, solo e impotente, lejos del hogar.

La historia humana es inseparable de la cruz. El don de la esperanza, superior don, que nada tiene que ver con las melifluas promesas que por allí circulan como mercancías, verdaderas baratijas, y que son más bien señuelos para atraer ambiciones, es inseparable de la cruz. Confiar esperanzadamente en que mi esfuerzo o mi desmayo, mis dolores y cansancios, la natural soledad del ser, mi lento e inexorable envejecimiento, el curso íntegro de la vida en sus logros y fracasos, mi muerte sobre todo, son y serán siempre tomados y sentidos por alguien como suyos propios, en su misma piel, en su mismo corazón: supremo don de la fe, suprema promesa, presencia inconfundible y maravillosa de Dios, *misterio tremendísimo*.

El Otro

Restan dos cuestiones sobre las cuales quisiera decir algo. Sobre la primera voy a tomar un testimonio que alguien escribió, y que puedo hacerlo íntegramente mío. Los sentimientos expresados por él son también mis sentimientos, pero no me ha sido dada la belleza literaria de su palabra. Alguna frase he intercalado para dar cuenta, de una manera aún más fiel, de mi actitud interior, o de mi propia situación: "Dios mío, te lo confieso, he sido durante mucho tiempo, y quizás no podré jamás dejar de serlo por mis propios medios, refractario al amor del prójimo. De la misma manera que he gustado ardientemente la alegría sobrehumana de romperme y perderme en las almas a las

que me destinaba la afinidad misteriosa del cariño humano, así también me siento nativamente hostil y cerrado frente al común de todos cuanto me dices que ame. Lo que en la historia se halla por encima o por debajo de mí, con facilidad lo integro en mi vida interior. No me cuesta mayor trabajo aceptarlo todo ello. Pero “el otro”, Dios mío, no sólo “el pobre, el deforme, el cojo, el imbécil”, sino sencillamente el *Otro*, el *Otro* sin más, ése que por su mundo, en apariencia cerrado al mío, parece vivir independiente de mí y rompiéndole a mí ser la unidad y el silencio del Mundo, ¿sería yo quien soy si no te dijera que mi reacción instintiva es rechazarlo? ¿Que la simple idea de entrar en comunicación espiritual con él me es del todo desagradable?”⁶

El descubrimiento del Otro por la vía del amor no me resulta fácil ni posible. En todo caso, el pensamiento pareciera haber iluminado un camino, y sobre él, en un momento, haré un mínimo comentario. Mientras tanto, quiero expresar mi parecer sobre una materia, sin duda muy delicada.

Quiero decir lo siguiente: me asaltan invencibles dudas sobre la alternativa, que se cree ver en el activismo político, para suplantar la vía cristiana del amor, por lo demás tan difícil, tan compleja, tan casi inalcanzable. Llego aún más lejos. El activismo político, para el cristiano en cuanto cristiano, puede bien significar una radical perversión. La esperanza es el tiempo futuro de la fe, y no hay otro distinto de ella. El activismo político destruye la esperanza cuando la transmuta en expectativas que el mundo habrá de colmar. El mundo no habrá de colmar la esperanza. No será nunca ocioso repetirnos, acaso con la asiduidad de la oración, que esperanza y ambición son opuestos y contrarios. Pero hay algo más. El Otro es su rostro⁷. Nada puede sustituir en la otredad la significación del rostro. El activismo político, para el cristiano en cuanto cristiano, puede bien significar una radical perversión, porque nos engaña al suplantarnos la otredad del rostro a cambio de la faz anónima de la masa.

Y hay una última reflexión a la que me obligo en este orden de ideas. Nadie puede estar seguro de que el camino presente de la humanidad conduzca la condición humana hacia la perfección de su naturaleza o hacia su degradación. La expansión de las posibilidades materiales para la vida, la tecnificación de la existencia, tan sugestivas, tan alucinantes más bien, no deben nunca modelarnos el juicio y llevarnos a conclusiones apresuradas que comprometan nuestro discernimiento más crítico. Por lo demás, no ceso yo de pensar en que el mal radical se nos ofrece como lo que le es perfectamente distinto de su carácter. La seducción de las expectativas por colmarse, aunada a la incapacidad creciente que el poder nos implanta para

distinguir entre el bien y el mal, hacen del activismo político una presa muy fácil, un instrumento efficacísimo de engaño. ¿Y no es acaso cierto, además, que el poder es lo intrínsecamente maligno?

Pero si al Otro no podemos allegárnosle por la vía del amor, ¿estaremos condenados al peor de los aislamientos, a la absoluta soledad, al más radical de los solipsismos? No tengo una respuesta propia, y aquí vacilo entre extravíos. Un pensar contemporáneo ha puesto de relieve una salida por donde habríamos de hallar al Otro. Cabe entonces decir: la muerte, que es tan fuerte como el amor. Lo hallamos en la muerte, así se nos sugiere: “el amor por el Otro es la emoción de la muerte del Otro”⁸. En todo caso, y más allá de la radical certidumbre de la muerte, me pregunto ¿será por allí el camino?

La ética y la fe

No me ha sido dada, pues, la certeza incommovible del Otro. No me ha sido dada, quiero decir, la certeza incommovible de la realidad de la ética, si es que la ética se refiere por necesidad y sólo al Otro. No dejo de cavilar, entonces, en mis más íntimos pensamientos, sobre una frase muy antigua que me hace manifiesta, en la palabra *éthos*, la idea primigenia del hogar, de la morada, del lugar donde se enciende el fuego que calienta y que prepara el alimento. Y vengo a caer en la cuenta, patentes como me son las enseñanzas del conocimiento científico sobre el sentido de la historia que los hombres hacemos, lo que me deja la asidua tarea de encontrarme a mí mismo, y las revelaciones de la fe que he heredado, que la condición del ser humano es su hallarse en el medio del mundo, lejos del hogar, desguarnecido, a la intemperie.

Así se me muestra, en una extraña combinación de deber y de anhelo, de mandato y de refugio, del *éthos* más primordial y la cruz de Jesús de Nazareth, lo que he llegado a admitir como la tensión esencial de mi vida: la obligación de mantener el curso, sin que importen las radicales dudas de los tiempos, sin que cuente demasiado la certidumbre de que creer no será nunca ver, sin que me sea dado jamás saber si aquella gota adicional del esfuerzo empeñado habrá de tener algún valor para alguien, para el mundo, para Dios.

Pero la intemperie duele, y ahora pienso en la situación normal de los seres humanos todos. La condición originaria que nos acompaña pesa y lastima. Y es entonces, si así se nos concede, como emerge el sentido de Jesús crucificado, supremo *ethos*, hogar y lumbre, a quien siempre podremos

dirigirle una oración de esta manera y en primera persona: “Señor: *introdúceme en lo más profundo de las entrañas de tu corazón. Y una vez que me tengas ahí abrázame, tranquilízame, sosiégame. Y si luego lo quieres, límpiame, inflámame, hasta la más completa satisfacción de tus gustos, hasta la más completa aniquilación de mí mismo*”.

Notas

¹ Aristóteles, Met.1006a; Et.Nic.1094b.

² Karl Marx & Frederick Engels, *Werke* (Dietz Verlag, Berlin).

³ Jacob Burckhardt, *Historische Fragmente*, 1929.

⁴ Vide Gordon Childe, *History*, 1951.

⁵ Vide Asdrúbal Baptista, “El futuro como origen de la historia”, en *Venezuela sigloXX: visiones y testimonios*, 2000.

⁶ Teilhard de Chardin, *Le milieu divin*, 1957.

⁷ Emmanuel Levinas, *Ethique et infini*, 1982.

⁸ Emmanuel Levinas, *Dieu, la mort et le temps*, 1993.